

Traducción de
JUAN A. RUIZ DE ELVIRA PRIETO

5003 - (10) 18 LOPES →

HISTORIA ECONOMICA MUNDIAL

ECONOMIA E IMPERIO.
LA EXPANSION DE EUROPA
(1830-1914)

Europa historia
Historia economica
Historia moderna

por

D. K. FIELDHOUSE

Prólogo de

CHARLES WILSON

9610

BIBLIOTECA CENTRAL	
PROVENIENCIA	FECHA
CLASIFICACION	NOTAS
N° INVENTARIO	940.29
9610	1811
UNIVERSIDAD NACIONAL DE MAR DEL PLATA	

i


siglo
veintiuno
editores
mexico
españa
argentina



siglo veintiuno editores, sa
CERRO DEL AGUA 248, MEXICO 20, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa
C/PLAZA 5, MADRID 33, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

siglo veintiuno de colombia, ltda
AV. 36, 17-73 PRIMER PISO, BOGOTÁ, D.E. COLOMBIA

*A mi madre, Hilda
Fieldhouse.*

Primera edición en español, mayo de 1977

© Siglo XXI de España Editores, S. A.

En coedición con

Siglo XXI Editores, S. A. (México)

Título original: *Economics and Empire. 1830-1914*

© Weidenfeld and Nicolson, Londres

© D. K. Fieldhouse, 1973

Diseño de la cubierta: Santiago Monforte

DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY

Impreso y hecho en España

Printed and made in Spain

ISBN: 84-323-0312-7

Depósito legal: M. 19.070-1978

Compuesto en Fernández Ciudad, S. L.

Impreso en Cloas-Orcóyen, S. L. Martínez Paje, 5. Madrid-29

INDICE

	Págs.
PRÓLOGO	1
PREFACIO	3

PRIMERA PARTE

INTERPRETACIONES DEL IMPERIALISMO

1. INTRODUCCIÓN: INTERPRETACIONES ECONÓMICAS DEL IMPERIALISMO	7
2. EL IMPERIALISMO COMERCIAL	15
3. EL IMPERIALISMO DEL CAPITAL	46
4. INTERPRETACIONES POLÍTICAS, POPULARES Y PERIFÉRICAS DEL IMPERIALISMO	74

I. El imperialismo de los hombres de Estado, 74.—II. El imperialismo de masas, 81.—III. Interpretaciones periféricas del imperialismo, 88.—IV. Interpretaciones económicas y otras interpretaciones del imperialismo: reformulación, 97.

SEGUNDA PARTE

ESTUDIOS DE CASOS EN LA EXPANSION EUROPEA, 1830-1880

5. LAS RAÍCES DE LA EXPANSIÓN EUROPEA EN EL SIGLO XIX	105
6. AFRICA	119
I. Africa del Norte, 119.—II. Africa occidental, 144.—III. Conclusiones, 165.	

7. ASIA	171
I. Introducción, 171.—II. Rusia en el Extremo Oriente y en Asia central, 181.—III. La expansión británica en Asia, 196.—IV. Francia en Indochina, 226.—V. Los europeos en China, 240.	
8. EL PACÍFICO	255
I. Balleneros, misioneros, comerciantes y colonos, 1830-1860, 257.—II. Plantadores, comerciantes y el problema del gobierno, 1860-1880, 266.	

TERCERA PARTE

ESTUDIOS DE CASOS EN LA EXPANSION
EUROPEA, 1880-1914

9. EL REPARTO DEL AFRICA MEDITERRÁNEA	287
I. Introducción: teorías del dominio sobre el reparto, 287. II. Tunicia, 1878-1881, 289.—III. Egipto, 1880-1882, 296.— IV. Marruecos, 1880-1911, 305.	
10. EL REPARTO DEL AFRICA SUBSAHARIANA	353
I. Africa occidental, 353.—II. El Congo, la cuenca del Zambeze y Africa del Sur, 385.—III. Africa oriental, 411.	
11. ASIA SUDORIENTAL	436
I. Birmania, 1880-1886, 436.—II. Indochina, 1880-1900, 446.	
12. CHINA Y EL PACÍFICO	470
I. China, 1880-1905, 470.—II. El Pacífico, 495.	

CUARTA PARTE
CONCLUSIONES

13. EL PAPEL DE LA ECONOMÍA EN LA EXPANSIÓN DE LOS IMPERIOS, 1880-1900	521
I. Continuidad, 521.—II. Crisis y coincidencia en la periferia, 522.—III. El papel de los factores económicos, 525.	
MAPAS	541
INDICE DE NOMBRES	553

Las tensiones del posimperialismo constituyen un hecho importante —algunos dirán el hecho principal— de nuestro tiempo. Los conflictos que han engendrado, a menudo violentos, no son sólo económicos, pero los problemas económicos son incontestablemente un elemento básico de su origen, y en una gran parte de los escritos históricos y económicos existentes sobre el imperialismo se da por supuesto, como cosa natural, que las fuerzas y motivos económicos fueron la única causa de la expansión imperial sin precedentes del siglo XIX.

En la historia, como en la ciencia, la hipótesis ha precedido con frecuencia al experimento y la prueba. Así ocurrió en el caso del imperialismo moderno. De Marx a Lenin para acá, los teóricos han sostenido que la expansión, aparentemente inexplicable, de los imperios coloniales durante la última parte del siglo XIX debe haber sido causada por las fuerzas económicas inherentes al carácter de la sociedad capitalista europea. Puede que tuvieran razón: pero su hipótesis fue tan inmediatamente atractiva, tan completa en apariencia y tan satisfactoriamente explicativa que tuvo amplia aceptación mucho antes de que se hubieran investigado los hechos. Libros de texto populares como *Imperialism and world affairs* (1927), de P. T. Moon, incorporaron más que probaron la hipótesis económica. Los estudios del imperialismo en regiones particulares o durante períodos limitados de tiempo, a pesar de ser incompatibles con la teoría, se orientaron y especializaron también para probar o desafiar una teoría general firmemente asentada.

Este libro trata de llenar la laguna historiográfica enfrentándose al problema desde una perspectiva amplia. Fieldhouse comienza con un examen de las principales teorías económicas y no económicas que tratan el imperialismo como un fenómeno general: luego pone a prueba su validez examinando los hechos en varios casos tipo extendidos por todo el mundo. Su método tiene dos caracteres especiales: examina el medio siglo anterior a 1880 para situar en su perspectiva histórica el posterior

3. EL IMPERIALISMO DEL CAPITAL

Sin duda alguna la explicación más compleja e influyente del «nuevo imperialismo» de fines del siglo XIX y principios del XX es la que ve su causa básica en la necesidad, para los países capitalistas de Europa y Norteamérica, de hallar nuevos campos adecuados donde invertir el capital excedente. En su forma más simple el argumento puede resumirse como sigue.

La Europa capitalista (junto con los Estados Unidos) estaba, por su misma naturaleza, enfrascada en la continua acumulación de capital, pues a menos que su capital creciera sin interrupción se produciría inevitablemente un estancamiento económico. La acumulación se conseguía primordialmente por la reinversión de los beneficios en actividades productivas, y el incentivo para reinvertir, en vez de gastar, era la esperanza de lograr un beneficio adecuado a partir de la inversión incrementada. A finales del siglo XIX, sin embargo, este incentivo para invertir dentro del propio país disminuyó porque (por razones que varían según las distintas interpretaciones) había una tendencia a la disminución de la tasa de beneficio. Por eso, los capitalistas que tenían beneficios que invertir buscaban otras partes del mundo donde la inversión fuera mejor remunerada. Y las encontraron, parcialmente al menos, en territorios donde las condiciones económicas diferían de las de las regiones económicamente avanzadas de Europa: donde había abundantes materias primas que explotar y donde la mano de obra no europea podía ser empleada a unos precios salariales sustancialmente más bajos que los que regían en la metrópoli. La inversión de capital excedente en tales regiones tenía una doble función: reducía la presión del capital que buscaba dónde invertir y mantenía así la tasa de beneficio en Europa; y al mismo tiempo el capital invertido en ultramar podía lograr una tasa más alta de beneficio que la que era posible obtener en la metrópoli, proporcionando así al capitalista un «superbeneficio» por su inversión. Tal inversión ultramarina podía realizarse en países independientes y estables, tales como Rusia o los

El imperialismo del capital

47

Estados Unidos. Pero donde las condiciones políticas no eran adecuadas, era preferible anexionar el territorio como colonia e imponer condiciones satisfactorias. Como, además, varios países europeos sintieron al mismo tiempo igual necesidad de colonias como campos de inversión después de aproximadamente 1870, se produjo una furia competitiva por conseguir posesiones ultramarinas que dio como resultado el reparto del mundo. A partir de entonces la posesión de estas colonias de inversión se hizo cada vez más necesaria para los Estados capitalistas, de modo que se veían obligados a conservar las que poseían y a arrebatar los imperios de sus rivales. Por eso la redivisión de los imperios coloniales fue uno de los motivos que condujeron a las dos guerras mundiales en la primera mitad del siglo XX.

Esta formulación de la «teoría del imperialismo capitalista», para usar la frase de Lenin, es, naturalmente, sólo una fusión de varios argumentos distintos y en ciertos aspectos conceptualmente incompatibles, contruidos por autores cuyas premisas fundamentales variaban tanto como las de John Stuart Mill y los neomarxistas de principios del siglo XX. El espacio hace imposible describir la evolución de esta hipótesis general o exponerla en detalle; pero el tema está adecuadamente tratado en un sólido cuerpo de publicaciones y en cualquier caso no es esencial para los fines del presente estudio histórico investigar los supuestos teóricos subyacentes¹. Sin embargo, ya que intentamos probar la validez histórica de ciertos aspectos específicos de esta teoría del imperialismo capitalista, es necesario revisar brevemente los argumentos centrales de sus más influyentes defensores, J. A. Hobson, Rudolf Hilferding y V. I. Lenin.

La obra de Hobson, *Imperialism: a study*, publicada en 1902², sigue siendo la expresión clásica de la actitud de los liberales ingleses hacia la expansión colonial en los trópicos y en ella Hobson intentó mostrar que, si bien el imperialismo era una secuela natural de la injusticia social del capitalismo, no era históricamente inevitable porque su «raíz» podía cor-

¹ Para este tema, véase G. S. L. Tucker, *Progress and profits in British economic thought, 1650-1850*, Cambridge, 1960; D. K. Fieldhouse, *The theory of capitalist imperialism*, Londres, 1967; D. Winch, *Classical political economy and colonies*, Londres, 1965; R. N. Ghosh, *Classical macroeconomics and the case for colonies*, Calcuta, 1967, y B. Semmel, *The rise of free trade imperialism*, Cambridge, 1970.

² *Imperialism: a study*, Londres, 1902. Las citas son de esta primera edición, que difiere en algunos aspectos de ediciones posteriores.

tarse por medio de la reforma social. En este aspecto su hipótesis difería fundamentalmente de la de los neomarxistas, que le consideraban como un «burgués revisionista» aunque se apropiaron de muchas de sus ideas.

La explicación de Hobson del «nuevo imperialismo» se puede resumir como sigue. El carácter paradójico de la expansión colonial británica durante los treinta años anteriores fue que la mayoría de las nuevas posesiones coloniales no satisfacían ninguno de los criterios decimonónicos aceptados para la colonización útil: rara vez eran adecuados al asentamiento blanco, constituían mercados pobres y proporcionaban pocas exportaciones valiosas pero costaban a la metrópoli grandes sumas de dinero. ¿Por qué, entonces, se anexionaron? La respuesta de Hobson equivalía a una teoría de la conspiración. La nación habría sido impulsada a la expansión por engaños de aquellos intereses sectoriales que iban a ganar con ella. Estos incluían a fabricantes de armamentos, especuladores de Bolsa, exportadores de géneros para los que había demanda en las áreas tropicales, e individuos para los que las colonias tropicales ofrecían atractivos o ganancias especiales: misioneros, ingenieros, oficiales del ejército, administradores, etc. Pero, aunque estos hombres proporcionaban el «motor» del imperialismo, la fuerza decisiva estaba detrás de ellos, en los hombres que decidían si un territorio determinado debía ser conservado una vez que estos hombres de frontera habían creado la posibilidad. Hobson no dudaba en decir que estos hombres sin rostro eran los capitalistas.

El imperialismo agresivo, que cuesta tan caro al contribuyente, que es de tan poco valor para el fabricante y el comerciante, que está tan lleno de graves e incalculables peligros para el ciudadano, es una fuente de gran provecho para el inversionista que no puede hallar en su patria el empleo lucrativo que busca para su capital, e insiste en que su gobierno debe ayudarlo a lograr inversiones provechosas y seguras en el extranjero.

Si, contemplando el enorme gasto en armamentos, las ruinosas guerras, la audacia diplomática de la picaresca por la que los gobiernos tratan de extender sus poderes territoriales, planteamos la cuestión práctica, desnuda, ¿Cui bono?, la primera y más evidente contestación es: el inversionista³.

En apoyo de esta hipótesis Hobson adujo estadísticas que indicaban que durante un periodo en el que las posesiones ul-

³ *Ibid.*, p. 62.

tramarinas británicas habían aumentado en unos 12.313 millones de kilómetros cuadrados y en unos 88 millones de habitantes, la inversión de capital en ultramar había pasado de 144 millones de libras en 1862 a 1.698 millones en 1893, y su rendimiento estimado para el impuesto sobre la renta había pasado de unos 33 millones de libras en 1884 a 60 millones de libras en 1900⁴. Tales cifras parecían apoyar plenamente el argumento principal de la exposición de Hobson. Evidentemente, las exportaciones de capital y la expansión imperial estaban, en algún grado al menos, en relación de causa a efecto.

La exportación de capital, entonces, era tanto el síntoma de una economía interna enfermiza como la causa del «nuevo imperialismo». Pero Hobson, junto con muchos liberales y socialistas moderados británicos, tales como H. N. Brailsford y Leonard Woolf, y una serie de socialistas europeos, como Karl Kautsky, a quienes Lenin más tarde calificó de «revisionistas», creía que ambos males podían curarse con las mismas medidas reformadoras.

Hagamos que algún cambio en el curso de las fuerzas político-económicas desvíe de estos propietarios su exceso de renta y que éste afluya a los obreros en forma de salarios más altos, o a la comunidad en forma de impuestos, de modo que se gaste en vez de ahorrarlo, sirviendo cualquiera de estos modos para engrosar el flujo del consumo; no habrá necesidad de luchar por mercados extranjeros o áreas extranjeras de inversión⁵.

Era en este punto, más que en su diagnosis básica de las causas del imperialismo, en el que muchos neomarxistas continentales estaban en desacuerdo con Hobson. Su interés por la cuestión derivaba de la controversia sobre la interpretación correcta de los escritos de Marx relacionados con la cuestión básica de cuándo podía esperarse que se vinieran abajo las sociedades capitalistas y si este derrumbamiento resultaría automáticamente de los defectos estructurales de la sociedad capitalista o si se necesitaría una acción revolucionaria para llevar al proletariado al poder⁶. La opinión general era que el capitalismo debe ser destruido por sus propias contradicciones internas, y que la importancia del imperialismo consistía en

⁴ *Ibid.*, pp. 51-63.

⁵ *Ibid.*, p. 91.

⁶ Para un buen esquema del debate, véase B. J. Hovde, «Socialist theories of imperialism prior to the Great War», *Journal of Political Economy*, XXXVI, 1928, pp. 713-58.

que proporcionaba un hito cronológico que marcaba el «grado más alto» alcanzado por el capitalismo antes de su inminente derrumbamiento. No todos estaban de acuerdo en la explicación económica de este modelo apocalíptico. Rosa Luxemburgo, en particular, no creía que la exportación de capital fuese un factor tan importante en la colonización europea como la necesidad de las sociedades capitalistas de obtener ganancias sobre el capital a través del comercio con los países menos desarrollados⁷. Pero los dos hombres cuyos escritos contribuyeron más a formular lo que llegó a ser la visión ortodoxa del imperialismo fueron Hilferding y Lenin; y por consiguiente conviene centrarse en sus argumentos básicos.

La contribución de Hilferding al debate neomarxista fue el concepto de «capital financiero», término que usó para indicar la concentración de capital en las manos de grupos relativamente pequeños de banqueros e industriales en la última fase de la evolución del capitalismo. Hilferding sostuvo que el capital tendía históricamente hacia la concentración de los medios de producción en cada vez menos manos (como había dicho Marx) y que esto a su vez conducía a la creación de cárteles y trusts y así al monopolio en campos particulares de producción. Este proceso era facilitado e intensificado por la acción de los bancos que financiaban fusiones y cárteles, y ellos mismos tendían a fusionarse en organizaciones bancarias mayores a medida que crecía la escala de operaciones. Conforme aumentaban sus préstamos a empresas industriales, llegaban a interesarse íntimamente en la producción industrial, de modo que al final los bancos dejaban de ser meros organizadores de crédito y se convertían en dueños del capital industrial. A esta concentración de poder industrial en las manos de los bancos Hilferding la llamó capital financiero, y sostuvo que constituía la forma más alta del capitalismo. Al final la economía industrial entera de una nación llegaba a estar controlada por una serie de bancos, trusts industriales y cárteles unidos entre sí. Como operaban a la mayor escala y podían establecer un monopolio, estas organizaciones podían obtener el más elevado rendimiento posible de su capital a expensas del obrero y del consumidor.

Los beneficios de los monopolios aumentaban mucho, además, por la aplicación de aranceles proteccionistas, que les per-

⁷ Véase Rosa Luxemburgo, *The accumulation of capital*, 1913 (traducción inglesa, Londres, 1951). [Hay trad. castellana: *La acumulación de capital*, México, Grijalbo, 1974.]

mitían obtener un beneficio extra en proporción al nivel de los derechos proteccionistas. Al mismo tiempo este precio más alto tendía a reducir el tamaño del mercado interior porque absorbía una parte mayor del poder adquisitivo inelástico de los obreros. De aquí la necesidad de extender el mercado vendiendo en otros países. Ayudaba a las exportaciones el hecho de que los capitalistas financieros podían vender sus exportaciones a precios inferiores a los corrientes, con bajos márgenes de ganancia, resarciéndose con el precio interior más alto. Desgraciadamente, otros países tenían también aranceles proteccionistas que obstruían las importaciones y reducían el nivel de beneficio obtenible del comercio. Fue este factor el que hizo tan atractiva y común la exportación de capital en vez de manufacturas. El capitalista financiero alemán podía exportar capital a la Argentina, levantar allí una fábrica, vender sus productos bajo la protección de los aranceles locales, y reexportar los beneficios a Alemania. Así el capitalista financiero podía obtener artificialmente altos beneficios en todos los países. Pero resultaba una ventaja especial de la exportación de capital a países menos desarrollados económicamente:

El tipo de interés es mucho más alto en países con un desarrollo capitalista bajo, que aceptan por primera vez crédito y organizaciones bancarias, que en los Estados capitalistas desarrollados. Hay que añadir el hecho de que parte de los salarios o del beneficio del empresario están contenidos en el interés. El alto tipo de interés actúa como un estímulo inmediato para la exportación de capital en forma de préstamo. Los beneficios del capitalista son más altos porque el trabajo es extraordinariamente barato y porque la más baja calidad de la mano de obra se compensa con la jornada de trabajo excesivamente larga. Las rentas del suelo son bajas o nominales, porque hay mucha tierra disponible, naturalmente o por expropiación forzosa de los nativos. El bajo coste de la tierra disminuye así los costes de producción. En tales sitios se da también un aumento de los beneficios como resultado de privilegios y monopolios⁸.

Además, en algunos casos los beneficios resultantes de la inversión en estas áreas subdesarrolladas eran mucho mayores que los que se podían obtener vendiendo sus productos en el mercado protegido local. Algunos productos, tales como el oro o el cobre exigían un mercado internacional que trascendía los

⁸ R. Hilferding, *Finanzkapital*, Viena, 1910. La traducción inglesa está tomada de Fieldhouse, *Theory of capitalist imperialism*, 80. [Hay trad. castellana de la obra de Hilferding: *El capital financiero*, Madrid, Tecnos, 1963.]

sistemas arancelarios y así extendía el campo de oportunidades abierto al capital del país del que procedía el capital originario. Y la economía dependiente podía además incrementar la rentabilidad del capital industrial en el interior produciendo una oferta barata y abundante de materias primas. Así la exportación de capital había llegado a ser una característica esencial de la vida económica, a medida que se desarrollaban las economías europeas y que el capitalismo financiero y el proteccionismo arancelario sustituían a la libre competencia y al libre cambio.

Es importante notar que hasta este punto la argumentación de Hilferding no tenía una conexión necesaria con el imperialismo en sentido estricto: es decir, especificaba la exportación de capital a países menos desarrollados pero no requería que éstos llegaran a ser colonias oficiales. En efecto, la anexión oficial de colonias era innecesaria al argumento, puesto que los Estados europeos podían hallar condiciones de inversión de capital convenientes en Estados independientes de características adecuadas. Hilferding, en realidad, no distinguía entre colonias y lo que otros habían llamado colonias «oficiosas» o «semicolonias». Las colonias oficiales se establecían sólo cuando había que recurrir al poder político del Estado para apoyar los intereses de los capitalistas financieros, porque el proceso de inversión del capital productivo en ultramar se veía impedido por obstáculos políticos, o porque la resistencia de las instituciones sociales tradicionales hacía imposible crear de forma suficientemente rápida el necesario «proletariado de trabajadores asalariados». Las colonias oficiales constituían así la prueba de la prisa del capitalista financiero y su capacidad para pedir apoyo a su gobierno. El resultado era la «política colonial», la violencia, la decadencia de la vieja creencia burguesa en la armonía internacional y el aumento del jingoísmo nacionalista. En suma, el imperialismo como fenómeno político era el producto de las necesidades económicas del capitalismo financiero.

Marxistas más recientes, particularmente Bujarin⁹ y Lenin, recogieron estos supuestos y los hicieron más dogmáticos. Como los dos adoptaron el concepto de Hilferding del capitalismo financiero en cuanto etapa histórica especial del capitalismo y compartieron el supuesto de que el imperialismo era su conse-

⁹ N. I. Bujarin, *Imperialism and world economy* (1917. Traducción inglesa, Nueva York, 1929). [Hay trad. castellana: *La economía mundial y el imperialismo*, Córdoba, Ed. Pasado y Presente, 1971.]

cuencia, podemos ahorrar espacio centrándonos en la exposición leninista de la teoría, mucho mejor conocida.

La principal contribución de Lenin a la teoría marxista del imperialismo fue que, utilizando los principios de Hilferding y el argumento de Hobson, hizo ambos mucho más precisos y dogmáticos. Primero, dio a la plena realización del capitalismo financiero (capitalismo monopolista) una fecha precisa: «a comienzos del siglo XX»¹⁰. Luego, afinó la explicación de Hilferding de por qué el capital había de ser exportado por los capitalistas financieros. El mercado interior del capital era limitado no tanto por su tamaño intrínseco y los efectos de los aranceles como por la negativa de los capitalistas a intervenir en el interior porque esto podía beneficiar más a los obreros que a ellos mismos:

Naturalmente, si el capitalismo hubiera podido desarrollar la agricultura, que hoy se halla en todas partes muy atrasada con respecto a la industria; si hubiera podido elevar el nivel de vida de las masas de la población, la cual sigue arrastrando... una vida de subalimentación y miseria, no habría motivo para hablar de un excedente de capital... Pero entonces el capitalismo dejaría de ser capitalismo, pues el desarrollo desigual y subalimentación de las masas son las condiciones y las premisas básicas e inevitables de este modo de producción. Mientras el capitalismo sea capitalismo, el excedente de capital no se consagra a la elevación del nivel de vida de las masas del país, ya que esto significaría la disminución de las ganancias de los capitalistas, sino al acrecentamiento de estos beneficios mediante la exportación de capitales al extranjero, a los países atrasados¹¹.

Es, desde luego, un enfoque diferente al de Hilferding, y se parece más al de Hobson, a quien Lenin debía mucho más de lo que le gustaba reconocer. Estaba adoptando, en efecto, una postura subconsumista, pero no atribuía el subconsumo, como Hobson, simplemente a la sobreacumulación de los capitalistas, sino a la sobreacumulación de los capitalistas financieros, cuyo monopolio de la producción aumentaba gradualmente su control sobre la economía interna.

El efecto, sin embargo, era casi el mismo en cada caso. Europa exportaba su capital a los «países atrasados» donde «el beneficio es de ordinario elevado, pues los capitales son

¹⁰ V. I. Lenin, *Imperialism, the highest stage of capitalism*, 1916. Traducción inglesa, Moscú, 1947, p. 26. [Hay trad. castellana, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, en *Obras escogidas*, 3 vols., vol. I, p. 695.]

¹¹ *Ibid.*, p. 77. [*Ibid.*, p. 742.]

escasos, el precio de la tierra relativamente poco considerable, los salarios bajos y las materias primas baratas»¹². Lenin inventaba el capital que se estimaba había sido exportado a diferentes partes del mundo por Gran Bretaña, Francia y Alemania, probando que sólo Gran Bretaña había invertido cuantiosamente en Asia, Africa y Australia, pero, como Hobson, no hacía ningún intento de distinguir entre estos tres continentes. Además Lenin pensaba que la diferente distribución de la inversión ultramarina resultaba del acuerdo monopolista de los capitalistas financieros de dividir entre ellos el mundo oficiosamente.

Los capitalistas no se reparten el mundo llevados de una particular perversidad, sino porque el grado de concentración a que se ha llegado les obliga a seguir este camino para obtener beneficios; y se lo reparten «según el capital», «según la fuerza»; otro procedimiento de reparto es imposible en el sistema de la producción mercantil y del capitalismo¹³.

Hasta cierto punto esta división era puramente económica, y producía sólo «semicolonias» (Persia, China, Turquía) y «colonias comerciales» como la Argentina. Pero el capital financiero también halló conveniente controlar las regiones menos organizadas que proporcionaban o prometían una retribución económica a la inversión. Tales zonas eran convertidas normalmente en puras colonias, con la ventaja adicional de que «en el mercado colonial es más fácil (y a veces sólo en él es posible), utilizando métodos monopolistas, suprimir al competidor, garantizarse los pedidos, consolidar las "relaciones", necesarias, etc.»¹⁴. En cualquier caso —colonización oficial u oficiosa— se requería el poder de los Estados metropolitanos europeos para establecer las pretensiones de un grupo monopolista o para establecer un control político. De aquí que la división política del mundo fuera unida al reparto económico, con el resultado de que «por vez primera, el mundo se encuentra ya repartido, de modo que lo que en adelante puede efectuarse son únicamente nuevos repartos».

Sobre esta base Lenin pudo hacer su definición formal del imperialismo.

El imperialismo es el capitalismo en la fase de desarrollo en que ha tomado cuerpo la dominación de los monopolios y del capital finan-

¹² *Ibid.*, p. 77. [*Ibid.*, p. 742.]

¹³ *Ibid.*, pp. 91-92. [*Ibid.*, p. 753.]

¹⁴ *Ibid.*, p. 103. [*Ibid.*, p. 761.]

ciero, ha adquirido señalada importancia la exportación de capitales, ha empezado el reparto del mundo por los trusts internacionales y ha terminado el reparto de toda la tierra entre los países capitalistas más importantes¹⁵.

Las cinco primeras palabras son de crucial importancia, pues distinguen con la mayor claridad la teoría de Lenin de todas las otras. Hobson había considerado el imperialismo como una prueba de la debilidad económica y social de Europa, arguyendo que el imperialismo podía terminarse una vez que se remediaban estas debilidades internas, es decir, dentro de la estructura de una sociedad capitalista reformada. El principal objetivo de Lenin era rechazar esta conclusión. El imperialismo no era un mero síntoma externo de una enfermedad curable del capitalismo sino una definición de la etapa de senectud a que el capitalismo había llegado ahora que sólo presagiaba su tumba. Una vez que un país se había hecho imperialista, el capitalismo mismo estaba al borde de su convulsión final. Todo lo que podía producirse después de eso era la intensificación de la competencia entre Estados imperialistas rivales, el reparto del mundo entre los más poderosos de ellos, y finalmente su destrucción en la guerra y la revolución. A la inversa, puesto que las condiciones socioeconómicas que habían engendrado el imperialismo eran propias de los países capitalistas en una etapa particular de su historia, no podría haber ocurrido del mismo modo en ningún momento anterior ni podría existir en un mundo socialista.

Desde 1917 los argumentos expuestos por Hobson, Lenin y sus contemporáneos han sido ampliados, glosados y en algunos aspectos más elaborados¹⁶; pero pocos elementos sustanciales se han añadido a sus hipótesis centrales. Por eso es innecesario proseguir el desarrollo de este tipo de explicación del imperialismo; basta reformular las cuestiones específicas que plantea al historiador.

Hay muchas maneras de poner a prueba la verosimilitud del imperialismo capitalista, pero destacan dos. Primero, en lo que se refiere en particular a los supuestos neomarxistas, ¿qué

¹⁵ *Ibid.*, p. 109. [*Ibid.*, p. 765.]

¹⁶ Véase, por ejemplo, M. A. Dobb, *Studies in the development of capitalism*, Londres, 1946. [Hay trad. castellana: *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, Madrid, Siglo XXI, 1976]; P. M. Sweezy, *The theory of capitalist development*, Londres, 1942. [Hay trad. castellana: *Teoría del desarrollo capitalista*, México, FCE, 1945]; J. Strachey, *The end of empire*, Londres, 1959 [Hay trad. castellana: *El fin del Imperio*, México, FCE, 1962].

prueba hay de que la evolución del capitalismo monopolista o financiero precedió efectivamente o coincidió con la expansión colonial? Segundo, y lo que se refiere tanto a los argumentos liberales como a los marxistas, ¿hubo alguna correlación geográfica amplia entre la exportación de capital europeo y americano en este período y la extensión del imperio colonial?¹⁷

La información de que se dispone sobre si la creciente concentración de empresas industriales, acompañada del desarrollo de monopolios, trusts, cárteles y organizaciones bancarias en gran escala (o sea, «capitalismo financiero»), fue un fenómeno tan general en Europa y Norteamérica que pudo operar como causa primaria de la exportación de capital y por tanto del imperialismo varía muy considerablemente según el país que se examina. Los dos países en que esta información parece apoyar más a los neomarxistas fueron Alemania y los Estados Unidos, en los cuales, aunque por razones bastante diferentes, la concentración de capital industrial y la integración de la industria y las finanzas estaban muy avanzadas. Los Estados Unidos proporcionaron probablemente el modelo más temprano de concentración industrial. La banca normal de depósitos no mostraba ninguna tendencia hacia la concentración: en realidad el número de bancos siguió siendo muy grande y pocos de ellos tenían muchas sucursales. Pero la gran banca de inversión era sin duda alguna importantísima para el crecimiento de los negocios norteamericanos y representaba una tendencia hacia el capitalismo financiero. Hombres como J. P. Morgan desarrollaron la técnica de adquirir participaciones en empresas tales como compañías de ferrocarriles o industriales, en particular cuando éstas tenían problemas financieros, y ejercieron gradualmente un control sobre la política empresarial. El resultado fue el desarrollo del «trust» al que el Pujo Committee de 1912 definió como

Una identidad y comunidad de intereses establecida y bien definida de unos pocos dirigentes financieros que se ha creado y se mantiene unida a través de su participación en consejos de administración de empresas entrelazadas, y otras formas de dominación sobre bancos, trusts de compañías, empresas ferroviarias, corporaciones de servicios públicos e industriales, y que ha producido una vasta y cre-

¹⁷ Bernard Porter, *Critics of Empire*, Londres, 1968, p. 216, sostiene que esta cuestión es «en gran medida irrelevante» para una crítica del argumento de Hobson. Esto es verdad, si se está muy interesado por las opiniones de Hobson sobre las raíces internas de la inversión en ultramar, pero continúa siendo decisiva para su explicación de la colonización tropical.

ciente concentración del control del dinero y del crédito en manos de un número relativamente escaso de hombres¹⁸.

Así J. P. Morgan y sus más íntimos colaboradores ocupaban 341 puestos de dirección en 112 empresas con activos que totalizaban más de 22.000 millones de dólares. Paralelo a este desarrollo de los trusts, y hasta cierto punto como resultado del mismo, se produjo la concentración creciente de la industria en consorcios tanto horizontales como verticales. Hasta los primeros años de la década de 1880 esta concentración fue producida en gran parte por el avance tecnológico que hizo necesario aumentar el tamaño de la unidad de producción. Más tarde los motivos fueron principalmente el deseo de lograr mayor eficacia en las operaciones y de obtener un cuasi-monopolio como medio de aumentar los precios. Los consorcios —o cárteles— aparecieron primero como medio para que las firmas potencialmente rivales pudieran distribuirse el mercado y mantener los precios. Fueron seguidos de trusts o fusiones financieras y luego de fusiones plenas. Los consorcios horizontales fueron más corrientes hasta 1898 aproximadamente: la Standard Oil constituyó el mejor empleo, empezando como un trust y terminando en una compañía tenedora de acciones de otras. Después hubo una tendencia creciente hacia los consorcios verticales, tales como la American Tobacco Company y la United States Steel Corporation.

Había, además, pruebas de que los Estados Unidos tenían capital «excedente» en la década de 1890 como resultado de la repugnancia de las instituciones e inversores individuales a invertir en el país durante un período de bajos beneficios y pobres retribuciones para el capital. En consecuencia la inversión americana en el extranjero, en particular en Canadá y Latinoamérica, se extendió de modo considerable¹⁹. Del mismo modo, algunos norteamericanos al menos, como Charles Conant, habían sacado la conclusión en 1898 de que

Los inversores norteamericanos no quieren ver reducida la retribución de sus inversiones al nivel europeo. Los tipos de interés han disminuido aquí ya en los últimos cinco años. Hay que hallar nue-

¹⁸ R. M. Robertson, *History of the American economy*, 2.^a ed., Nueva York, 1964, p. 321. [Hay trad. castellana: *Historia de la economía norteamericana*, Buenos Aires, Tres Américas.]

¹⁹ Véase W. LaFeber, *The new empire: an interpretation of American expansion, 1860-1898*, Ithaca, Nueva York, 1963, pp. 179-80 y nota 54 para material adicional de fuentes.

vos mercados y nuevas oportunidades de inversión si el capital excedente ha de emplearse provechosamente.

El que escribe esto no es un abogado del «imperialismo» por sentimentalismo, pero no teme al nombre si sólo significa que los Estados Unidos defenderán su derecho a mercados libres en todos los viejos países que están abriéndose a los recursos excedentes de los países capitalistas y obteniendo por ello los beneficios de la civilización moderna. Que esta política lleve consigo el gobierno directo de archipiélagos semisalvajes puede ser objeto de discusión, pero desde el punto de vista económico del problema sólo hay una opción: entrar por algún medio en la competencia empleando capitales y empresas norteamericanos en estos países, o continuar la inútil duplicación de los medios de producción y comunicación existentes con el exceso de productos sin consumir, las convulsiones que siguen a la paralización del comercio, y la invariablemente descendente retribución de las inversiones que esta política invocará...²⁰

Así, sin investigar la cuestión más allá de este punto, resulta que hay motivos *a priori* para pensar que en los últimos años de la década de 1890 los Estados Unidos no sólo se ajustaban a los criterios de Lenin sobre el capitalismo monopolista sino también a los de Hobson en cuanto al exceso de capital resultante del subconsumo.

Los marxistas estaban también básicamente en lo cierto acerca de las tendencias del capitalismo en Alemania, sobre las que tenían la mejor información²¹. Desde el principio la industrialización alemana había mostrado marcadas tendencias colectivistas, y había contado de manera muy considerable con los bancos para la financiación a largo plazo. Los grandes bancos —el Deutsche, el Dresdener, la Diskontogesellschaft y el Darmstädter, junto con varios bancos de negocios menores— estuvieron íntimamente vinculados a la industria y bien representados en los consejos de administración. Se interesaron de forma directa en las empresas particulares, tanto dentro de Alemania como en ultramar, y a menudo formaron consorcios bancarios e industriales para poner en marcha arriesgadas operaciones. Los cárteles también aparecieron pronto en la historia de la industria alemana, aunque no se generalizaron hasta los últimos años de la década de 1870 con los estímulos combinados de la depresión económica y el arancel proteccionista. Hacia 1900 funcionaban unos 275 cárteles, que oscilaban desde simples

²⁰ L. Snyder, *The imperialism reader*, Princeton, 1962, pp. 86-87.

²¹ Para un esquema de estos procesos, véase Clapham, *Economic development of France and Germany*, y C. Wilson, «Economic conditions» en *New Cambridge Modern History*, vol. XI, pp. 73-74.

acuerdos de precios a una regulación compleja de la producción y la distribución. Apenas quedaba comercio estrictamente competitivo, y algunos de los mayores cárteles llegaron, de hecho, a ser *Konzerns* ampliamente integrados, como la Unión del Acero de 1904. Tales organizaciones podían, gracias a los altos aranceles y a su propio monopolio del mercado interior, fijar dobles precios: un precio alto para el consumidor interior y un precio bajo para las exportaciones. De igual modo, Alemania se convirtió en un importante exportador de capital a finales del siglo XIX. Feis estimó que en 1914 la inversión a largo plazo en el extranjero podía ser de unos 23.500 millones de marcos²². Sin entrar en las razones de esta exportación de capital, es de nuevo evidente que, tanto sobre la base del capitalismo monopolista como de la exportación de capital, Alemania se ajustaba a los criterios leninistas y hobsonianos sobre el Estado imperialista.

Pero éstos eran sólo dos de los Estados «imperialistas» de la definición de Lenin, y habían tomado una parte relativamente pequeña en el reparto del mundo desde los años 1880. ¿Qué era de Francia, Gran Bretaña e Italia, y Rusia, por no mencionar a España, Portugal, Holanda y Bélgica, que también desempeñaron diversos papeles en la anexión y expansión coloniales? Si el imperialismo era por necesidad el producto del desarrollo del capitalismo financiero, entonces podía esperarse que este tipo de capitalismo y las exportaciones de capital se desarrollaran en estos países, y hasta tal punto que pudieran aplicárseles las condiciones anejas al capitalismo financiero maduro.

En realidad, ninguno de estos países se ajustaba a las condiciones de Lenin para el capitalismo monopolista antes de 1914, con la posible excepción de Bélgica que como Estado no tomó parte alguna en la expansión colonial. A primera vista podía parecer que Francia llenaba los requisitos. Era uno de los mayores Estados exportadores de capital y de los principales expansionistas. Los bancos franceses habían sido los primeros en interesarse directamente por las inversiones industriales y por otras inversiones a largo plazo: por ejemplo, el *Crédit Mobilier*, que quebró en 1871. Además, durante el último cuarto de siglo hubo una marcada tendencia hacia la concentración de bancos en unidades mayores: *Crédit Lyonnais*, *Société Générale*

²² H. Feis, *Europe, the world's banker, 1870-1914*, 1930, 2.^a ed., Nueva York, 1965, p. 74. La estimación de Lenin de 35.000 millones de marcos era bastante más alta, pero ambas estimaciones dan por resultado una inversión alemana en ultramar en 1914, equivalente, aproximadamente, a la mitad de la británica.

rale, Comptoir d'Escompte y otros. Pero en estos grandes consorcios de bancos hubo poca tendencia a vincularse estrechamente con la industria. Si hubo alguna, después de 1870 y de la quiebra de varios bancos de inversión, los bancos evitaron la inversión industrial directa. Podían interesarse en la participación en promociones industriales pero muy rara vez tenían acciones de otras empresas a largo plazo. No había nada en Francia comparable a los grandes trusts bancarios de Alemania y los Estados Unidos. Además, aunque existía alguna tendencia hacia la concentración del control la unión y el monopolio en la industria francesa, en particular después del arancel Méline (1892), no había nada a escala tan grande como los cárteles y trusts americanos o alemanes. En 1914 el capitalismo francés seguía siendo pequeño y competitivo dentro del significado clásico de la palabra. Por otro lado, Francia tenía grandes inversiones en ultramar: según la estimación de Feis, 28.000 millones de francos en 1900 y 45.000 millones de francos en 1914²³, y había varios bancos importantes especializados en préstamos a ultramar, tales como la Banque Franco-Egyptienne. Por eso puede que fuera aplicable a Francia la interpretación hobsoniana del imperialismo, siempre que se pudiera demostrar una relación causal entre su exportación de capital y su política expansionista. Pero no sería realista intentar explicar la expansión francesa dentro de los términos formales de la definición leninista del imperialismo.

Inglaterra era otro país que a pesar de contar con vastas exportaciones de capital y adquisiciones coloniales es imposible calificar de «imperialista» según la definición de Lenin²⁴. Había no puede negarse, algún movimiento hacia la concentración en la industria y la banca y hacia el monopolio en ciertos sectores. En las décadas de 1880 y 1890 se dieron los primeros pasos hacia las asociaciones comerciales oficiosas, tales como la British Soap Maker Association, y luego hacia organizaciones más oficiales. Entre mediados de 1880 y 1890, aproximadamente, hubo varias grandes uniones o fusiones en la industria: la Salt Union en 1888, la United Alkali Company en 1891; la English Sewing-Cotton Company en 1897, la Calico Printers' Association en 1899. Hubo también algunas alianzas, por ejemplo, en el comercio del metal de Birmingham. Algunas de ellas tuvieron éxito

²³ *Ibid.*, p. 51.

²⁴ El material de este párrafo está tomado principalmente de J. H. Clapham, *Economic history of Great Britain*, Londres, 1933, vol. II; R. C. K. Ensor, *England, 1870-1914*, Oxford, 1936; *New Cambridge modern history*, vol. XI.

o aumentaron su eficacia como resultado del mayor volumen de operaciones; otras sólo subieron los precios. Pero ninguna podía compararse con los grandes trusts y consorcios alemanes o americanos en tamaño o extensión de sus tendencias monopolistas, y a todas les estorbaba la falta de aranceles exteriores y los grandes prejuicios contra la eliminación artificial de la competencia. Tampoco los bancos desempeñaron un papel importante en las operaciones industriales. La industria manufacturera permanecía independiente de los bancos centrales, contando principalmente con sus propios beneficios o con préstamos a corto plazo de bancos locales para la expansión financiera. El mercado monetario de Londres seguía divorciado de la industria y también de los bancos que manejaban la inversión en ultramar. Así la economía británica seguía siendo competitiva y grandemente fragmentada. Si fluyó el capital a ultramar y se adquirieron colonias, esto no puede atribuirse a ningún cambio estructural de la economía hacia el capitalismo financiero de finales del siglo XIX.

Los otros países «imperialistas» deben ser considerados aún más brevemente. Rusia estaba experimentando un rápido crecimiento industrial y su sistema bancario se desarrolló velozmente entre 1880 y 1914, ayudado por los altos aranceles exteriores, los préstamos extranjeros y el estímulo gubernamental. En particular después de las crisis financieras y económicas de 1901-3, las nuevas industrias formaron rápidamente asociaciones y trusts, según el modelo alemán: por ejemplo, el trust metalúrgico «Prodamet» formado en la crisis de 1903. En realidad se ha sostenido que el monopolio estaba tan avanzado en algunos sectores que la producción se había reducido por debajo del nivel de la demanda del mercado en 1914²⁵. En este terreno Rusia tal vez se estaba haciendo «imperialista» en 1914, aunque ciertamente no durante los veinte años anteriores a 1900, cuando la expansión colonial estaba en su apogeo. Sin embargo, aun ignorando este problema cronológico, sería ridículo argüir que el capitalismo financiero ruso forzó la exportación de capital y que ésta fue la raíz de la expansión territorial rusa. Pues Rusia fue una gran importadora neta de capital en todo este periodo, de hecho, el mayor prestatario de Europa, debiendo quizá 17.500 millones de francos en 1914, muchos de ellos a Francia²⁶. A su debido tiempo la evolución de la indus-

²⁵ Beloff, Renouvin, Schnabel y Valsecchi, comp., *L'Europe du XIX^e et du XX^e siècle*, 2 vols., Milán, 1962, vol. I, pp. 260-68.

²⁶ R. E. Cameron, *France and the economic development of Europe*, Princeton, 1961, p. 490, nota 3. [Hay trad. castellana: *Francia y el desarrollo económico de Europa*, Madrid, Tecnos, 1971.]

tria y el monopolio rusos tal vez la hubieran hecho «imperialista», pero ciertamente no antes de 1914.

Lo mismo sucedía en buena medida en Italia²⁷. Allí además hubo una aparición superficial de concentración en la industria y en la banca y de relaciones más estrechas entre las dos. Antes de la gran quiebra bancaria de 1893, varios bancos italianos habían desempeñado un papel importante en la financiación de la industria y de las empresas de servicios públicos; después de su quiebra, nuevos bancos, con respaldo alemán o más tarde francés, se encargaron de las mismas funciones. El desarrollo industrial fue considerable, ayudado por altos aranceles a partir de 1878. El tamaño de las empresas, en particular en las industrias textiles, metalúrgicas y químicas, creció notablemente, con considerable ayuda del Estado y los bancos. En algunas, particularmente en las del hierro y el acero, se crearon monopolios parciales y el consorcio ILVA, formado en 1905, creó un cárter para controlar los precios del acero, y llegó a un acuerdo con la Stalhwertsverband alemana para atajar el *dumping*. Italia también seguía la vía leninista hacia el capitalismo financiero. Sin embargo, no había alcanzado tal condición en 1914, pues, por su tamaño, la industria permanecía dentro de límites no monopolistas y los cárteles y los trusts eran más débiles. Por encima de todo, Italia siguió siendo un gran importador neto de capital, y ciertamente no tenía capital excedente producido en el interior para enviarlo a ultramar. Es evidente que el imperialismo italiano no provenía de la existencia de una economía capitalista muy «madura», ni de la necesidad de exportar capital excedente.

Por otra parte, Bélgica y los Países Bajos, aunque pequeños, se ajustaban al parecer en principio a la definición neo-marxista del capitalismo financiero. Ambos eran Estados industriales a finales de siglo, y Bélgica había llegado a ser uno de los principales productores de carbón, hierro, acero, cinc y otros metales cincuenta años antes. Ambos países tenían avanzados sistemas bancarios con estrechos lazos financieros y empresariales con las empresas industriales que financiaban, aunque una gran proporción de su capital era en realidad francés. En Bélgica los cárteles estaban bien avanzados ya en la década de 1850, cuando, por ejemplo, la Vieille Montagne, principal productor de cinc de Europa compró o llegó a acuerdos con todos los productores europeos para sostener los niveles de precios. Ade-

²⁷ Este párrafo está basado principalmente en S. B. Clough, *The economic history of modern Italy*, Nueva York, 1964, pp. 57 ss.

más, tanto Bélgica como los Países Bajos, después de haber dependido inicialmente del capital importado, se convirtieron en exportadores de capital al final del siglo; mientras, Bélgica adquirió el Congo belga en 1908 y al mismo tiempo los Países Bajos estaban consolidando y desarrollando su vasta esfera de influencia en Indonesia. En todos estos aspectos ambos países parecían ajustarse al concepto de «imperialismo». Sin embargo, hay que hacer ciertas reservas importantes. Ambos países se hicieron librecambistas en la década de 1860, de modo que en ninguno de los dos desempeñaron los aranceles proteccionistas el papel que les asignaba Hilferding. Aunque ambos llegaron a ser potencias coloniales, los belgas eran tan hostiles a la adquisición de colonias a fines del siglo XIX que Leopoldo II tuvo que obtener el Congo en nombre de una compañía internacional y financió su primitivo desarrollo de su propio bolsillo y con préstamos privados. Sólo la crítica internacional de los escándalos del Congo en el primer año del siglo XX convenció a los grupos dirigentes políticos e industriales de la necesidad de asumir la responsabilidad oficial del Congo. Del mismo modo, aunque los holandeses estaban invirtiendo cuantiosamente en sus posesiones de las Indias orientales en este periodo, lo hacían como parte de un proceso general de inversión en ultramar y sin mostrar ninguna fuerte preferencia por la inversión colonial como tal. Así, aunque el modelo de la evolución económica en Bélgica y los Países Bajos antes de 1914 tal vez creara condiciones favorables a la inversión económica en ultramar y contribuyera a la importante inversión que ambas hicieron últimamente en sus propias dependencias —el Congo y las Indias orientales neerlandesas— en el periodo anterior de 1914, ninguna de las dos intervino oficialmente en la competencia internacional por las colonias, y los belgas al menos fueron positivamente hostiles al concepto de un imperio colonial belga.

Finalmente, ni España ni Portugal, que estuvieron en alguna medida implicadas en el proceso de expansión colonial, pueden de ningún modo ajustarse al concepto de «imperialismo»²⁸. España iniciaba un tardío desarrollo industrial y bancario en la década de 1870 bajo un fuerte proteccionismo arancelario, que fue luego reforzado por la escasez creada por la primera guerra mundial. Pero España seguía siendo en buena medida una «colonia comercial» de los grandes países del norte de Europa, fuertemente dependiente del capital inglés, francés y alemán. Portugal continuaba siendo un país agrícola y marítimo

²⁸ Beloff et al., comp., *L'Europe*, vol. I, pp. 398 ss.

muy pobre, sin ninguna propensión a industrializarse. Aunque intentó, con algún éxito, hacer valer sus reclamaciones de vastos territorios en África central, el desarrollo de estas regiones tenía que ponerse en manos de compañías concesionarias, en su mayoría británicas, porque a Portugal le faltaba capacidad financiera y económica para utilizarlas por sí mismo.

¿Cómo responde entonces el modelo de Hilferding-Lenin del imperialismo capitalista a este breve examen del desarrollo bancario e industrial de las exportaciones de capital, en los países más estrechamente vinculados a la expansión del poder europeo después de 1880 aproximadamente? El punto crucial es que, aun ignorando la precisa fecha que Lenin atribuye a los comienzos del capitalismo financiero en 1900, sólo de dos países, Alemania y los Estados Unidos, podía decirse razonablemente que se ajustaban a los criterios económicos prescritos para países «imperialistas» al mismo tiempo que tomaban parte activa en el reparto internacional, mientras Bélgica y los Países Bajos llenarían también los requisitos, pero no tomaron parte directa en él. A la inversa, ninguno de los otros expansionistas en activo parecen haber cumplido estas condiciones económicas antes de 1914. Por otra parte, al menos cuatro países —Gran Bretaña, Francia, Alemania y los Estados Unidos— satisfacen las condiciones mucho menos rigurosas de Hobson para el imperialismo capitalista, ya que todos estaban invirtiendo activamente en ultramar en el periodo 1870-1914. Es al menos probable —aunque el tema sea demasiado abstracto para considerarlo aquí— que esta propensión a intervenir en ultramar reflejara un «exceso» de capital en el interior, resultado de la mala distribución de las rentas y del limitado poder adquisitivo de las masas.

Con el problema así, todavía muy abierto, podemos considerar brevemente la segunda cuestión relativa a ambas teorías leninista y hobsoniana: si la distribución geográfica de las inversiones ultramarinas de los países exportadores de capital muestra alguna correlación con la expansión de los sistemas coloniales. La cuestión es de gran importancia, pues, sean las que fueren las fuerzas económicas que hubiese detrás del flujo de capital hacia el exterior, éste persiste, y es posible que una parte muy importante de esta inversión fuera a aquellas regiones de África, Asia y el Pacífico donde los europeos estaban imponiendo un control político oficial o intentándolo. Si esto era así, sería razonable suponer, en términos generales, que el imperialismo estaba causalmente vinculado a la inversión de capital; aunque sería aún necesario examinar otras pruebas para asegurar

que las finanzas eran la causa dominante de la acción política en un área determinada. Si, por otro lado, resulta que sólo una parte relativamente pequeña de la inversión ultramarina europea fue al conjunto de los nuevos territorios coloniales, la afirmación se volvería del revés. No se deduciría necesariamente que la inversión no desempeñó ningún papel en el imperialismo, pues por un lado unos pocos territorios pudieron recibir una inversión considerable; y por otro lado una inversión colonial global pequeña puede simplemente indicar que muchas de las nuevas posesiones resultaron mucho menos capaces de absorber grandes inversiones a corto plazo de las que los optimistas capitalistas metropolitanos habían esperado que absorbieran.

En cuanto a hechos, las cifras muestran una correlación relativamente pequeña entre inversión de capital y nueva colonización. Con mucho los más importantes exportadores de capital antes de 1914 fueron Gran Bretaña, Francia, Alemania y los Estados Unidos. No disponemos ni dispondremos nunca de cifras exactas; pero, partiendo de las reunidas por Herbert Feis, resulta claro que las nuevas colonias habían atraído una proporción muy pequeña del capital total exportado por cualquiera de estos países en 1914. Los cuadros 4-9 proporcionan la prueba en términos generales.

De estos cuatro países, el más importante inversor en ultramar con mucho, fue Gran Bretaña, que había sido el primer exportador destacado de capital en el mundo moderno y poseía el mayor imperio ultramarino. En 1914 Gran Bretaña era la única potencia colonial que había invertido una proporción significativa de sus exportaciones de capital en sus colonias: según las cifras de Feis, la mitad. Este hecho parece haber engañado a Hobson, que supuso que una buena parte de esta inversión colonial debía estar en las nuevas colonias tropicales, en los territorios afectados por la reciente expansión colonial. Se equivocó por completo. De los 1.780 millones de libras invertidos en las colonias británicas, todos menos 96,6 millones de libras lo fueron en las más antiguas, incluidas el Transvaal y el Estado Libre de Orange que fueron reanexionados después de la guerra de los bóers pero no eran técnicamente posesiones británicas nuevas. De aquí que las oportunidades de inversión en las nuevas colonias, aunque en algunos casos intrínsecamente estimables (como en Malasia), fueran de mínima importancia en el conjunto de las inversiones realizadas por el Imperio británico y aún menos significativas en relación con el mercado mundial del capital. Esto no quiere decir que el potencial eco-

CUADRO 4. INVERSIONES BRITANICAS EN EL EXTRANJERO, 1914
(I) INVERSIONES BRITANICAS DE CAPITAL A LARGO PLAZO EN OTROS PAISES (en millones de libras)

<i>Dentro del Imperio</i>		<i>Fuera del Imperio</i>	
Canadá y Terranova ...	514,9	Estados Unidos ...	754,6
Australia y N. Zelanda ...	416,4	Argentina ...	319,6
Africa del Sur ...	370,2	Brasil ...	148,0
Africa occidental ...	37,3	México ...	99,0
India y Ceilán ...	378,8	Chile ...	61,0
Establecimientos en los Estrechos ...	27,3	Uruguay ...	36,1
Borneo del Norte británico ...	5,8	Perú ...	34,2
Hong Kong ...	3,1	Cuba ...	33,2
Otras colonias ...	26,2	Resto de Latinoamérica ...	25,5
	1.780,0	Total de Latinoamérica ...	756,6
		Rusia ...	110,0
		España ...	19,0
		Italia ...	12,5
		Portugal ...	8,1
		Francia ...	8,0
		Alemania ...	6,4
		Austria ...	8,0
		Dinamarca ...	11,0
		Estados balcánicos ...	17,0
		Resto de Europa ...	18,6
		Total de Europa ...	218,6
		Egipto ...	44,9
		Turquía ...	24,0
		China ...	43,9
		Japón ...	62,8
		Resto del mundo ...	77,9
		Total ...	1.983,3
		Total general ...	3.763,3

FUENTE: H. Feis, *Europe, the world's banker*, p. 33.

CUADRO 5. INVERSIONES BRITANICAS EN EL EXTRANJERO, 1914
(II) CAMPO DE EMPLEO DEL CAPITAL INVERTIDO EN OTROS PAISES (en millones de libras)

Prestamos a gobiernos nacionales y estatales:	
Dominios y colonias ...	675,5
Extranjero ...	297,0
Total ...	972,5
Prestamos a gobiernos municipales ...	152,5
Acciones de ferrocarriles:	
Dominios y colonias ...	306,4
India británica ...	140,8
Estados Unidos ...	615,6
Otros países extranjeros ...	467,2
Total ...	1.531,0
Minas ...	272,8
Compañías financieras, inmobiliarias e inversoras ...	244,2
Industrias de hierro, carbón y acero ...	35,2
Establecimientos comerciales e industriales ...	155,3
Bancos ...	72,9
Industrias de la luz y de la energía eléctricas ...	27,3
Servicios telegráficos y telefónicos ...	43,7
Tranvías ...	77,8
Gas e instalaciones de abastecimiento de agua ...	29,2
Canales y muelles ...	7,1
Industria petrolífera ...	40,6
Industria del caucho ...	41,0
Industria del té y del café ...	22,4
Industria del nitrato ...	11,7
Fábricas de cerveza ...	18,0
Diversos ...	8,1
Total ...	3.763,3

FUENTE: H. Feis, *Europe, the world's banker*, p. 27.

CUADRO 6. INVERSIONES FRANCESAS EN EL EXTRANJERO
(I) DISTRIBUCION GEOGRAFICA DE LAS INVERSIONES FRANCESAS
A LARGO PLAZO EN EL EXTRANJERO, 1900 y 1914 (en billones de francos)

1900	1914
Rusia 7,0	Rusia 11,3
Turquía (en Asia y Europa) 2,0	Turquía (en Asia y Europa) 3,3
España y Portugal... 4,5	España y Portugal... 3,9
Austria-Hungría 2,5	Austria-Hungría 2,2
Estados balcánicos ... 0,7	Estados balcánicos ... 2,5
Italia 1,4	Italia 1,3
Suiza, Bélgica y los Países Bajos 1,0	Suiza, Bélgica y los Países Bajos 1,5
Resto de Europa 0,8	Resto de Europa 1,5
Total de Europa 19,9	Total de Europa 27,5
Colonias francesas 1,5	Colonias francesas 4,0
Egipto, Suez y Africa del Sur 3,0	Egipto, Suez y Africa del Sur 3,3
Estados Unidos y Canadá. 0,8	Estados Unidos, Canadá y Australia 2,0
Latinoamérica 2,0	Latinoamérica 6,0
Asia 0,8	Asia 2,2
Total general 28,0	Total general 45,0

FUENTE: H. Feis, *Europe, the world's banker*, p. 51.

CUADRO 7. INVERSIONES FRANCESAS EN EL EXTRANJERO
(II) DISTRIBUCIÓN DE LAS NUEVAS INVERSIONES, 1882-1914
(en billones de francos)

Países	Nuevas inversiones		Total en circulación en 1914	
	Cantidad	Porcentaje	Cantidad	Porcentaje
Europa oriental	13,4	38	14,7	29
Rusia			12,5	25
Balcanes			2,2	4
Europa noroccidental	2,9	8	3,5	7
Benelux			1,0	2
Escandinavia			2,5	5
Próximo Oriente	2,4	7	5,8	12
Imperio otomano			3,3	7
Egipto y Suez			2,5	5
Europa central	1,1	3	3,9	8
Austria-Hungría			2,4	5
Alemania y Suiza			1,5	3
Mediterráneo	0,4	1	5,8	12
España y Portugal			4,5	9
Italia			1,3	3
Hemisferio occidental	7,4	21	8,0	16
Latinoamérica			6,0	12
Estados Unidos y Canadá.			2,0	4
Colonias	3,8	11	4,5	9
Resto del mundo	3,8	11	4,0	8
Total	35,2	100	50,2	100

FUENTE: Rondo E. Cameron, *France and the economic development of Europe, 1800-1914*, Princeton, 1961, p. 486.

CUADRO 8. DISTRIBUCION GEOGRAFICA DE LAS INVERSIONES ALEMANAS A LARGO PLAZO EN EL EXTRANJERO, 1914 (en billones de marcos)

Europa		Fuera de Europa	
Austria-Hungría	3,0	Africa (incluyendo las colonias alemanas)	2,0
Rusia	1,8	Asia (incluyendo las colonias alemanas)	1,0
Países balcánicos	1,7	Estados Unidos y Canadá	3,7
Turquía (incluyendo la Turquía asiática)	1,8	Latinoamérica	3,8
Francia y Gran Bretaña	1,3	Otras áreas	0,5
España y Portugal	1,7		11,0
Resto de Europa	1,2		
	12,5		

FUENTE: Feis, *Europe, the world's banker*, p. 74.

CUADRO 9. INVERSIONES ULTRAMARINAS DE ESTADOS UNIDOS, 1913 (en millones de dólares)

País	Cantidad
Canadá	750
Cuba	100
México	1.050
América central	50
América del Sur	100
Europa	350
China y Japón	100
Islas Filipinas	75
Puerto Rico	30
Total	2.605

FUENTE: R. W. Dunn, *American foreign investment*, Nueva York, 1926, p. 3.

nómico de alguno de estos nuevos territorios no fuera un factor en su anexión o que ninguno atrajera inversiones importantes a su debido tiempo. El punto vital es, tal vez, que resulta por completo ilusorio pensar que Gran Bretaña tenía necesidad urgente de estas nuevas colonias simplemente como lugares en que podía descargar capital excedente. El mundo entero era el campo de inversión de Gran Bretaña. Sus inversores, ya fueran individuos que querían colocar dinero donde pudieran rentarles razonablemente, ya fueran grandes firmas que se proponían establecer plantaciones, fábricas o empresas de servicios públicos, lo hacían donde mejores eran las oportunidades. Con muy pocas excepciones, no tenía ninguna importancia para ellos si ondeaba allí o no la bandera británica.

Francia es un caso aún más notable. Según las cifras de Cameron, sólo un 9 por ciento de las inversiones totales francesas en ultramar en 1914 se hicieron en dependencias francesas, y de esta cifra una buena parte fue a Argelia, que había estado recibiendo inversión francesa desde la década de 1830. Es verdad que en el periodo 1882-1914 las colonias francesas absorbieron un 11 por ciento del total de las nuevas inversiones ultramarinas francesas, y el total en circulación en 1914 —4.500 millones de francos— era importante. Sin embargo, en comparación con las nuevas inversiones en Europa oriental (la mayoría en Rusia) y en las Américas, ésta era insignificante. Y tales sumas se podían haber invertido en otra parte sin dificultad. Además, una considerable proporción del capital invertido en las colonias lo había sido por la acción estatal: por ejemplo, por provisión de contratos, concesiones y tipos de interés garantizados. En verdad, sin perjuicio de la evidencia de que los *affaires* financieros desempeñaron un papel importante en determinados lugares, se debe concluir que el conjunto de los inversores franceses nunca indicó ningún deseo de colonias como campos de inversión antes de la anexión política, y después de ella las ignoraron en gran medida.

La inversión alemana en las colonias adquiridas en la década de 1880 fue casi ridículamente pequeña. Feis disimula este hecho incluyendo inversiones coloniales en áreas geográficas mayores, pero si se compara la cifra de Townsend²⁹ de 505 millones de marcos de inversión total en las colonias en 1914 con la de Feis de 23.500 millones de marcos de inversiones alemanas

²⁹ M. E. Townsend, *The rise and fall of Germany's colonial empire, 1884-1918*, Nueva York, 1930, p. 263.

en ultramar, queda claro cuán insignificante fue en realidad la inversión colonial. Lenin lo sabía y escribió: «Sus colonias no son grandes, y el capital exportado lo tiene invertido en proporciones más iguales entre Europa y América»³⁰. Podría argüirse naturalmente, que esta falta de inversión reflejaba simplemente las limitadas oportunidades ofrecidas por las pocas colonias que Alemania adquirió originalmente, y que la presión alemana para repartir sectores de África con posterioridad a 1900 reflejaba un hambre atrasada de campos seguros para nuevas inversiones. Pero esto es ilusorio. Pocos bancos alemanes mostraron algún interés en el desarrollo colonial y las pequeñas cantidades que invirtieron fueron en su mayoría extraídas por presiones gubernamentales y tipos de interés garantizados. Si Alemania hubiera adquirido un territorio realmente valioso como Katanga o Malasia, los inversores no habrían dudado en mostrar un interés tan vivo como el que demostraron por las minas de oro del Rand o los territorios otomanos. Pero esto habría sido en regiones de utilidad potencial, pues, al igual que los británicos, los alemanes consideraban el mundo como su campo de empresa. No hay razón, por eso, para creer que el capitalismo financiero, si existió en Alemania, fue el responsable inicial de la pugna alemana por las colonias, o que la economía alemana necesitaba dependencias como receptáculos del capital excedente.

Finalmente, de acuerdo con las cifras del cuadro 9 el caso norteamericano es tan claro que requiere poco comentario. Con sólo un 4 por ciento de la inversión total ultramarina en las nuevas dependencias —las Filipinas y Puerto Rico— es evidente que, incluso si una necesidad urgente de nuevas oportunidades de inversión ocasionó el imperialismo de 1898, la necesidad, sin embargo no se satisfizo. De nuevo, como en Alemania, esto no invalida necesariamente el análisis leninista de las características de una economía dominada por el trust. Más bien sugiere que hubo poca conexión causal entre la necesidad de nuevas salidas para el capital y la empresa y la colonización oficial. Canadá, Latinoamérica y Europa proporcionaron a los Estados Unidos las «semicolonias» o «colonias comerciales» que necesitaba; y en ninguna de éstas se necesitó un control político oficial. Lo más que puede decirse de los acontecimientos de 1898 es que facilitaron el comercio y la inversión norteamericanos en el Caribe y el Pacífico y fortalecieron su control oficial de gran parte de Latinoamérica. Las colonias oficiales

³⁰ *Imperialism*, p. 79. [*El imperialismo*, p. 744.]

fueron tan poco importantes para Estados Unidos como las de Alemania.

Por eso, en un examen somero de las posibilidades del caso, parece improbable que la necesidad de nuevas oportunidades para una inversión rentable de capital, convertido en «excedente» por la evolución de las economías europea y norteamericana, fuera la causa principal de la expansión de la colonización oficial en el periodo posterior a 1870. No es que haya que negar la lógica interna del argumento. Si las economías avanzadas hubieran estado listas para exportar capital en la escala característica del periodo 1870-1914 mucho antes en la historia moderna —antes de que las Américas, Australia, África del Sur y Asia del Sur hubieran sido colonizadas y así abiertas a una satisfactoria inversión extranjera—, entonces la empresa capitalista habría requerido tal vez la colonización en gran escala de estas regiones. Tal como sucedió, Europa no necesitó nuevas colonias oficiales en la última parte del siglo XIX, aun suponiendo que las condiciones económicas se aproximaran al capitalismo financiero o que existiera subconsumo en el interior. El verdadero «imperialismo capitalista» de la fórmula de Lenin pudo operar y operó principalmente en sus semicolonias o colonias comerciales, generando los diversos tipos de grados de imperio oficioso que aún existían en la segunda mitad del siglo XX; y sus agentes realmente característicos fueron las grandes firmas internacionales con empresas subsidiarias por todo el mundo no socialista más que los aventureros colonizadores hambrientos de capital, típicos de la época del imperialismo expansivo.

Con todo, es posible que cantidades muy pequeñas de capital invertido fueran un factor importante en la anexión oficial de determinados lugares en el medio siglo siguiente a 1870, aunque marginal a las necesidades e intereses globales de los inversores europeos. Será por eso necesario buscar con cuidado la prueba de esto en cada uno de los casos considerados más adelante, en especial donde haya al menos una sospecha *a priori* —como en los Estados islámicos del Mediterráneo, en el Transvaal y China, zonas todas ellas, lo que es significativo, relativamente avanzadas— de que pudiera suceder lo que Engels llamó «colonización al servicio de la Bolsa». En tales casos el capital pudo muy bien ser un factor del imperialismo. Sin embargo, el tamaño relativo es decisivo. Una vez más, a la luz de lo que se ha dicho antes, esto constituiría un asunto local, no parte del mar de fondo de la evolución histórica del capitalismo europeo.